

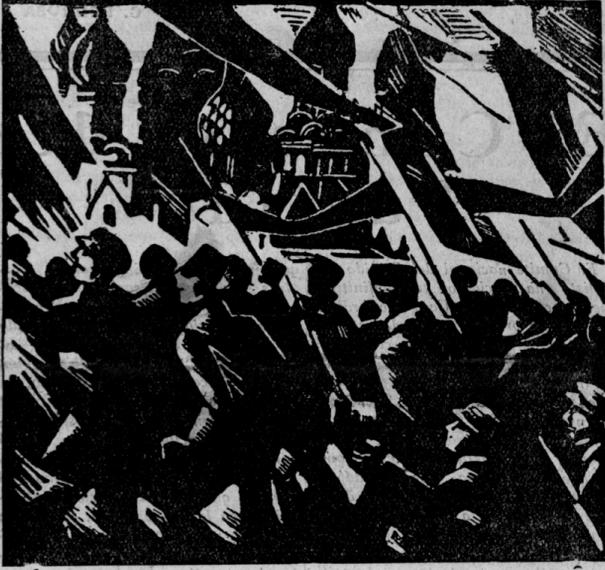
El ministro de Marina quiere que se construya un submarino. Nosotros afirmamos que un submarino no lo necesita para nada el país, y que lo que se precisa son escuelas, muchas escuelas.



RENOVACION

ÓRGANO DE LA FEDERACIÓN DE JUVENTUDES SOCIALISTAS DE ESPAÑA

Contra la pasada intentona monárquica



Contrarrevolución

Cuando estábamos ultimando el número pasado de RENOVACION nos sorprendió el movimiento dirigido y animado por los militares monárquicos. Esa ha sido la causa principal de que nuestro semanario no viera entonces la luz pública. Se demandó por todos en esos instantes la actividad de los jóvenes socialistas, y nosotros dedicamos la nuestra a aquellas necesidades mucho más parentorias. Decimos que nos sorprendió el movimiento militar y no decimos bien. No hubo sorpresa ninguna. Lo esperábamos, sin saber a punto fijo en qué fecha habría de estallar. Pero con el sordo presentimiento de que la ira mal contenida de los desperdicios monárquicos, militares o civiles, habría de rendir tributo a la ridiculez provocando una explosión de fervor revolucionario en las masas populares. Así ha ocurrido, y nos alegramos sinceramente. Porque con su torpeza la reacción ha permitido que el Gobierno, sin salirse de la juridicidad, liquide de una vez los vestigios monárquicos de las instituciones y centros oficiales, desinfectando así la maquinaria del Estado español del odioso parasitismo.

Nos alegramos del movimiento. Ha quedado al aire lo que había en el fondo de ciertas fingidas lealtades a la República. Se ha sabido con certidumbre la talla moral de esos guñapos militares, fracasados en las artes de la guerra, buscadores de fortuna en la política, alcahuetes de las concupiscencias del ex monarca y cortesanos que no se resignan a dejar de serlo. Y además ha podido conocerse su cobardía, su estrechez mental.

Del movimiento no quedan más que ruinas y el fervor popular republicano. Esas ruinas han de enterrarse tan hondo que no puedan alzarse jamás como un espectro ante esfuerzo constructivo del pueblo español, ante el ansia de crear un Estado nuevo, unánimemente sentida por la población.

Y ese fervor popular debe verse asistido por el actual Gobierno, para imprimir en la marcha del país un mucho revolucionario, como corresponde a la caracterización proletaria de los defensores del régimen.

Jornadas gloriosas

Aun cuando la distancia que nos separa de la huelga de agosto de 1917 no es grande, sin embargo, es la suficiente para que muchos de los jóvenes socialistas de hoy no la conozcan sino por referencias y no aciertan a colocarla en el plano que le corresponde como uno de los movimientos más amplios realizados por la clase obrera de nuestro país.

Si relacionamos aquel movimiento con el que culminó en abril de 1931 podremos deducir que el de agosto fué algo así como la preparación de la lucha incansante para derribar la monarquía como principal obstáculo a los anhelos de emancipación política que sentían los trabajadores españoles y otros elementos ajenos a nuestra clase.

No olvidemos que en el fracasado movimiento de agosto estuvieron comprometidos otros sectores de la sociedad española, deseosos también de sacudir el yugo del tiranuelo que detentaba el trono y de su camarilla de truhanes políticos. Ello es prueba evidente de que el malestar había llegado a todas las esferas sociales. Sin embargo, al llegar el momento decisivo, todos dejaron solo al proletariado, que dió bravamente el pecho sin arredrarse ante aquella defección inexplicable.

Fueron muchas las víctimas que causó la atroz represión gubernamental, innumerables los camaradas que poblaron las cárceles y presidios o que fueron lanzados de sus habituales residencias. ¿A qué recordar aquellas crueldades de querer cazar a los huelguistas como alimañas, y aquella otra infame insidia de todo un ministro de asegurar que a los directores del movimiento los habían cogido escondidos debajo de una cueva o detrás de una tinaja? ¿A qué recordar también aquellas interminables horas de angustia con que el pueblo, estacionado ante las prisiones militares de Madrid, esperaba ansiosamente el fallo de un Consejo de guerra del cual pendía la vida de cuatro camaradas?

Recordemos, en cambio, con satisfacción el movimiento en pro de la amnistía que se inició para librar del presidio a los camaradas llevados a ellos por la persecución maurista — movimiento que secundó con todas sus fuerzas nuestro inolvidable Iglesias — y cómo aquel movimiento encontró un eco tan enorme en toda España que en unas elecciones generales el pueblo acudió a las urnas como a modo de plebiscito para otorgar su voto a aquellos camaradas que no habían cometido más crimen que ponerse al frente de un movimiento emancipador.

Aquella semilla fructificó, y hoy podemos ver cómo los injuriados y escarncidos de 1917 son precisamente los que el pueblo ha vuelto a elegir para que rijan los destinos de la nación.

La lección es provechosa, y los jóvenes — y también los que no lo son — deben sacar de ella las enseñanzas que contiene.

A. ATIENZA



¡Expropiación!

Pasados los primeros momentos de incertidumbre ha quedado, si no del todo, bastante bien puntualizada la responsabilidad que corresponde a cada uno de los encartados en el fracasado movimiento monarquizante. Responsabilidad que los encargados de hacerlo señalarán concretamente sobre todos y cada uno de los sediciosos. No vamos, pues, nosotros a tratar de ello. Allá la Justicia. Pero si queremos hacer unas ligeras consideraciones sobre lo que se puede y se debe hacer con los rebeldes. Como ciudadanos españoles nos interesa muy mucho que se haga justicia con los traidores de la República. Justicia nada más. Ni nada menos. Lo contrario sería escamotear los deseos del pueblo, no dar satisfacción a sus aspiraciones. Y, sobre todo, no corresponder lealmente a su amor, demostrado hasta la saciedad, por el régimen que él mismo se dió en uso de su soberanía.

Se ha hablado de deportaciones con motivo de la revolución. Deportaciones a Bata y en el «Buenos Aires», se decía por alguien. No nos interesa que sea a Bata ni en el «Buenos Aires». Queremos sólo que si hay motivo para ello se deporten. Que el Gobierno barra de una vez toda la serie de elementos monarquizantes emboscados que boicotean la República desde sus cargos más importantes. Hay que acabar con esto, para tranquilidad de los ciudadanos españoles y para la estabilidad de la vida del régimen.

Hay otro aspecto en esta cuestión que nos interesa mucho tocar. Es la tendencia expropiatoria del Gobierno. ¡Expropiación! Digno prólogo a la Reforma agraria que están discutiendo las Cortes constituyentes. He aquí una medida que aplaudimos con toda sinceridad. Porque en los últimos tiempos han sido los ricachos agrarios los poseedores de grandes extensiones de tierra improductiva, mientras millares de hermanos campesinos mueren de hambre por falta de trabajo; los que más se han distinguido en su labor obstructivista de la República. Hay que expropiar a rajatabla y sin indemnización. Sólo así se podrá reducir a la impotencia a los muchos duques del Infantado y de Medinaceli que andan sueltos por ahí, jugando a las conspiraciones con cañoncitos de cartón y generales de plomo. A más, que con ello se ayudará al Gobierno extraordinariamente su labor en el problema de la tierra. El campesino español, el andaluz sobre todo, vive momentos de angustia por el boicoteo canalleco y miserable de los grandes terratenientes. De reducirlos ha de encargarse el Gobierno. Y para ello, nada mejor que expropiar sus posesiones, empleando en ellas a los campesinos hambrientos.

En suma: nos parecen bien los encarcelamientos y las deportaciones. Pero mejor que todo será poner en práctica, con decisión y energía, un régimen de expropiación sin indemnización de todas las posesiones de los grandes capitalistas.

La revolución social no la harán esos demagogos que en los cafés de la Puerta del Sol creen decidir con sus virulencias la marcha de España. La haremos los trabajadores organizados en el Socialismo.

La Redacción de RENOVACION está compuesta por Santiago Carrillo, director accidental; Sócrates Gómez, secretario de Redacción; I. Rodríguez Mendieta, Angeles Vázquez, Julio Pintado, A. García Atadell, Hildegart Rodríguez, Cándido Pedrosa, Carlos Hernández, Ovidio Salcedo, S. Serrano Poncela, José García, Antonio Cabrera, Rodolfo Obregón y Francisco Cabañas.

Nosotros los jóvenes socialistas pedimos justicia ejemplar para los fautores del movimiento sedicioso, civiles o militares, porque consideramos que nadie tiene el derecho de levantarse contra la democracia y el parlamentarismo en nombre de una dictadura reaccionaria. Esperamos con ansiedad las sentencias, porque con ellas se liquidará un movimiento afrentoso para la dignidad ciudadana; pero nos importa más que las sentencias de muerte, más que nada, las expropiaciones. Como socialistas, consideramos indispensable someter a un ejército de hijos de familia que juega a la sublevación creyendo en la impunidad, porque con ello se garantiza la intangibilidad del Poder civil.

Pero, sobre todo, es indispensable que esas enormes riquezas de los comprometidos en el complot sean expropiados y organizado su disfrute colectivamente, para que respondan a un fin social. Eso es lo marxista, lo revolucionario.

A NUESTROS COLABORADORES

Sirvan estas líneas a nuestros colaboradores para que, cuando tengan que enviar algún escrito que se relacione con RENOVACION, lo hagan a las siguientes señas: Carranza, 20, Madrid. Apartado 10.036.

SILUETAS DEL MOMENTO



La sanjurjada. — Tuvo un arranque brevísimo, y escapó cuando veía que en lontananza asomaban los banderines de la República; no tuvo ni la gallardía suficiente para llevarse el fajín de mando; todo un poema festivo, en el cual se dibuja a un hombre ejecutando una función fisiológica en lugar vedado y con los pantalones caídos, que huye dejando la correa en beneficio del guarda.

No merece tomarse en serio ese gesto ridiculo de unos generales de guardarrropa; ahora se justifica el porqué de las manchas en las prendas interiores cuando la famosa catástrofe de Annual; sólo hubo soldados que, a merced de una disciplina, fueron víctimas de la cobardía de los laureados conductores; un guardia aterra a la reunión de jefes que iban a asaltar el palacio de Comunicaciones, y pretende, como buen filósofo, que les registre un chico porque se asustan cuando ven hombres; un ruido lejano le hace perder las prendas de vestir al dos veces laureado general faccioso; ¡aún decían que no había ejército, que no valían gran cosa! ¡Qué negocio más estúpido hubiera hecho un director de compañía ecuere si entre sus números hace actuar la sanjurjada, cómica banda del Empastre de la monarquía;

Nada de terrible tiene la conspiración monárquica, porque sólo son juegos de aristocráticos niños, sin energía para jugarse la vida en la calle; sólo la sombra es la preferida; por eso pagaban pregoneros que, irrumpiendo la vía pública protestando del Gobierno, ellos temían que les calentaran las posaderas los republicanos guardias de asalto.

Sólo una línea de dolor para los pobres soldados víctimas; pero ellos, los que relajaron la moral del ejército durante la monarquía, porque sabían que los ascensos se otorgaban en las cámaras y en los escondrijos de los palacios señoriales, porque tenían bellezas que aconsejaban a los cretinos dirigentes, sólo provocan la risa del pueblo, que ahora comprende el porqué de los desastres.

No te apures, Pepe, que tu pena debe ser no la de los hombres valientes, sino la de los chicos traviesos! Un día deben salir a la vía pública, y después de obligarles a enseñar las posaderas, que todo ser humano les dé un asote; así serán las lindas acocoteras de acabareto que de aquel furioso general africano, a quien sabiamente Azaña hizo carabinero, no queda más que un pingajo, al cual se debe meter en un cesto y enviarle a un lugar apartado para que explique la leyenda a negros, si los hay, de cómo un general monárquico, dos veces laureado, pudo un día perder el fajín de mando...

C. PEDRUSA

El Congreso del Partido

El Comité nacional del Partido Socialista ha decidido ya, definitivamente, convocar el Congreso ordinario para el próximo día 6 de octubre. Ningún Congreso de los celebrados ya por nuestro Partido ha acusado la importancia excepcional de este que va a celebrarse. Las decisiones de ningún otro Congreso pudieron influir tan poderosamente en los rumbos de la política española como lo que influirán las que se adopten en el próximo de octubre. Es decir, este Congreso va a ser de los que va a merecer la atención más grande de la opinión pública española. Piénsese que en él se va a tratar — y significamos este punto como, a nuestro juicio, el de mayor envergadura de los que se tratarán — de la conducta que en lo porvenir, hasta la celebración de otro nuevo Congreso, ha de seguir el Partido Socialista en orden y relación a los problemas que se van planteando en nuestro país. Y, al tratarse esto, el Partido fijará su atención de manera especialísima y concienzuda en el magno problema de nuestra colaboración gubernamental. Cualquiera que sea la decisión del Congreso a este respecto, sus consecuencias han de ser de importancia capital para el régimen y para la actuación de otros partidos. Bien sea la retirada, bien sea la continuación. Cualquiera de estas dos decisiones fijará el comienzo de una nueva era política dentro de las esferas gubernamentales de la República.

Hay otros puntos. Otros puntos que encierran gran importancia. Nosotros, los jóvenes socialistas, deseamos que de una vez se ponga en claro la actuación que tuvo el Partido Socialista en el movimiento de diciembre, que tanto ha dado que hablar. Y únicamente es el Partido, su Comité nacional actual, el que en el próximo Congreso puede significar aquella actuación, y ello servirá para desvanecer más de una creencia errónea. Y, lo aseguramos, el Partido quedará en posición brillantísima, en lugar de honor, porque no dudamos ni un momento que la conducta observada en aquellos momentos por nuestros hombres, por nuestros organismos, no ha hecho más que responder a la por ellos seguida toda la vida: de sacrificio, de abnegación por las ideas.

Todos los puntos a tratar en este Congreso son importantes. Fíjense todos los camaradas que se celebra después de no hacerlo durante cuatro años. Es decir, cuatro años que constituyen en la historia política de España una cadena interminable de episodios gloriosos, en cuyos episodios tuvo participaciones decisivas el Socialismo.

Esperemos, pues, el Congreso. Y vayamos a él con la vista fija en hacer más grande, más potente, el Socialismo, para ir posibilitando la creación de una sociedad socialista.

De esta tarea saldrá nuestro Partido fortalecido en sumo grado. Así lo deseamos. Nuestro mejor exponente es este grito: ¡Jóvenes! ¡Viva el Partido Socialista!

Hay que educar a la juventud Constantemente se viene tratando en RENOVACION por el camarada Atadell de la necesidad que tenemos los jóvenes socialistas de preocuparnos del movimiento sindical y de realizar una activa labor dentro de nuestras respectivas organizaciones obreras. Era muy necesario que nuestro periódico se preocupase de este problema, para que algunos jóvenes socialistas se den perfecta cuenta de que ni se debe ni se puede atener a la cuestión política a la cuestión sindical.

Ahora bien; no puede achacarse exclusivamente a los jóvenes el abandono — si éste existe — del problema sindical, sino que de esto tienen parte de culpa nuestros camaradas de las Agrupaciones, que nos han tenido un tanto abandonados, que no se han dado perfecta cuenta de la importancia que tiene el movimiento sindical, y, por tanto, no se han preocupado lo intensamente que debieran haberlo hecho de nuestra educación tanto social como política; esto puede ser causa de que en algunos momentos, dejándonos guiar quizá de nues-

Julio HERNANDEZ

La magistratura se halla entregada en muchos pueblos al caciquismo más desenfrenado. El ministro de Justicia debe poner término a eso.

El movimiento de agosto en Galicia

Sábado 11 de agosto de 1917. La atención pública se halla fija en el desarrollo de la huelga ferroviaria que, decretada por el Sindicato Ferroviario del Norte, había comenzado el día antes en toda la red de dicha Empresa. La huelga general que se venía preparando en todo el país se espera que estalle de un momento a otro. Es algo que está en el ambiente y que se considera inevitable.

La Unión General de Trabajadores y el Partido Socialista tienen organizado el movimiento en forma admirable, siendo la única preocupación de estos organismos la posibilidad, la casi seguridad, de tener que verse obligados a decretar la huelga general antes de ultimar importantes detalles que aseguraran su éxito. Y así ocurrió. La huelga ferroviaria del Norte obligó a precipitar los acontecimientos, y el sábado 11 de agosto de 1917 se cursaban los avisos a toda España, en la forma y con la clave convenida, señalando el día 13 para declarar la huelga general en todos los ámbitos del país.

Como prueba de la excelente organización que el movimiento tenía, bueno será que recordemos algunos detalles que estimamos interesantes.

A las tres de la tarde del sábado 11 recibía la esposa de un camarada, en Vigo, un telegrama de Madrid, el cual era entregado al que esto escribe, y cuyo texto era el siguiente:

«Lunes 13 de casa Daniel. No faltéis.»

Tal era la clave convenida para la iniciación del movimiento. Rápidamente abandoné el trabajo para cumplir el deber que desde aquel momento me correspondía. Al hablar con el camarada Enrique Botana, presidente a la sazón de la Casa del Pueblo, le comuniqué la noticia recibida de Madrid, y a partir de aquel momento se puso en movimiento para proceder con arreglo a la misión que a cada uno nos había sido confiada. Botana reunía a los presidentes de todas las organizaciones de Vigo y sus contornos para informarnos de lo que había de hacerse el lunes 13. Por mi parte, a las cuatro de aquella tarde, una hora después de recibir la noticia, salía para Santiago de Compostela, y desde allí, a modo de centro de operaciones, eficazmente ayudado por compañeros previamente designados por las organizaciones locales, sorteando con éxito la vigilancia inquisitiva de la policía, en pocas horas hicimos llegar la noticia e instrucciones a todas las localidades importantes de Galicia: La Coruña, El Ferrol, Monforte, Lugo, Noya, Villagarcía, Orense y otras. De tal suerte y con tal rapidez, que el domingo 12, por la mañana, en toda la región de Galicia conocían nuestras organizaciones y los pocos, aunque buenos, republicanos que actuaban lo que iba a hacerse el lunes 13, por la mañana.

Domingo 12. A nuestro regreso de Santiago sube al tren, en Caltora, interrumpiendo su cura de aguas para cumplir con su deber al servicio de las ideas, el camarada Emilio Martínez, de la Agrupación de Vigo. La tarde del domingo, y la noche, hasta altas horas de la madrugada, el domicilio del amigo Botana, en Vigo, era lugar de febril actividad. Se transmitían instrucciones, se nombraban segundas y terceras Directivas y Comités y se ultimaban detalles para asegurar, una vez comenzada la huelga, la comunicación constante con todas las organizaciones.

A las cuatro de la madrugada del lunes 13 abandonamos el doctor Ubaldo Gil y yo, la imprenta de Botana. ¿Para dormir? No. Nadie pensaba en el descanso; todos, en el éxito del movimiento y en el cumplimiento del deber. Desde aquel momento, ni descanso, ni preocupaciones de hogar, ni familia... Sólo un interés: el de servir al ideal.

Comenzada la huelga, ésta fue unánime en toda la región de Galicia, como lo era en toda España. El cumplimiento del deber nos imponía la necesidad de burlar la vigilancia y persecución de las autoridades. Durante la mañana del lunes 13 pudimos actuar, incluso en la calle, sin molestias de la policía. Era el momento de incertidumbre para las autoridades. Por la tarde cambia la decoración. Declarado el estado de guerra, se busca a los elementos directivos para detenerlos y se clausura la Casa del Pueblo de Vigo. Igual ocurría en todo el país. Así termina el día 13. El día 14 comienzan las detenciones de queridos correligionarios y amigos. Entre otros, ingresan en el castillo del Castro y en la cárcel Ramón González, Ubaldo Gil, Botana, Martínez, Juanito Amoedo, Arbones. Cada hora que transcurre aumenta el número: cincuenta, ochenta, cien... El número crece sin cesar.

Pasan los días, y algunos de nosotros, entre ellos nuestro querido Araujo, hablamos podido burlar la vigilancia y persecución de las autoridades. Esto irrita al juez militar, que apela a procedimientos incompatibles con la propia dignidad personal. Y, cayendo en el ridículo más espantoso, dicta una orden conminando a que se presente en el término de cuarenta y ocho horas todos cuantos no han podido ser detenidos, al cabo de cuyo plazo se les declararía en rebeldía. Algunos días más tarde — tercera decena de agosto —, los camaradas presos en la cárcel y en el castillo hacen llegar a mi su deseo de que a todo trance evite ser detenido, ganando la frontera portuguesa, cosa que hacemos a pie, con un práctico, por el monte y atravesando el río Miño el 28 de agosto. Prisiones, expatriación, elecciones generales en febrero de 1918. El Comité de huelga pasa del presidio de Cartagena al Parlamento. Ley de amnistía en mayo del mismo, y con ella se abren las cárceles y podemos regresar a España. No como vencidos, sino firmemente convencidos de que aquel glorioso movimiento, que para los espíritus pusilánimes había sido un fracaso, plasmaría, al fin, en el triunfo de un régimen de libertad política cual el que ha conquistado España el 14 de abril de 1931.

El 13 de agosto de 1917 y el 15 de diciembre de 1930 son dos fechas que la Unión General de Trabajadores y el Partido Socialista pueden señalar en su historia, con orgullo bien legítimo, como preliminares del hundimiento de la monarquía y del triunfo de la República.

J. GUMEZ OSORIO

Organización de la resistencia

Habíamos apuntado en un artículo anterior dos conclusiones que estimamos de importancia, conducentes a una más certera orientación de la campaña pacifista. Era ésta la necesidad de la labor preventiva que alejara las probabilidades de una conflagración bélica, y la centralización del movimiento en la Segunda Internacional y Federación Sindical Internacional. Claramente se comprende el porqué de estas exigencias previas. Las fuerzas que propugnan por el mantenimiento del statu quo actual, es decir, que tienden por su simpatía e interés hacia los imperalismos sociales o económicos, están

perfectamente organizadas. Su labor es constante. Cuentan con medios económicos sobrados. Disponen de prensa que acoja sus insinuaciones y las aumenta, dándoles resonancia. Constituyen, en fin, un enemigo difícil, puesto que se oculta bajo el disfraz del patriotismo, la defensa nacional o las reivindicaciones de intereses atropellados. No es esto exageración. Recordemos el caso Shearer en 1927, encargado por las Empresas navales norteamericanas de hacer fracasar la Conferencia Naval Tripartita, no obstante llevar a ella la representación de los Estados Unidos. Y si esto ha llegado a dominio

público es porque Shearer se sintió estafado al no percibir la cantidad convenida y lo divulgó.

Otro caso, más antiguo, pero no menos característico, es el ocurrido en 1907 en Alemania. Todavía se dudaba de la eficacia de las ametralladoras como arma, y por ello el estado mayor se mostraba reacio a adquirir las en número considerable y el Reichstag a otorgar los créditos necesarios. Los fabricantes se preguntan: «¿Qué hacer?» Circulan las órdenes oportunas y, pronto, Le Figaro, Le Matin y L'Echo de Paris publican artículos sobre las excelencias de las ametralladoras francesas y la superioridad que al ejército conceden. Resultado: Durante los años 1908, 1910 y 1911, Alemania gastó 40 millones de marcos en ametralladoras. Y como estos casos podrían citarse a docenas.

Resulta, pues, ingenuo aguardar a que estos patriotas 100 por 100 hayan tendido sus redes y se dispongan a retirarlos repletas. Por ello, nuestra tesis es combatirlas constantemente, sin tregua, sin interrupciones, que les servirían para reponerse. Ello ha de hacerse, simultáneamente, descubriendo sus lacras, a fin de lanzarles el odio del pueblo, y poniendo en vigor medidas económicas que posean la virtualidad de desarmar (o aplastar) al enemigo. Por ejemplo, en el sector de los armamentos. Por una parte han de sacarse a la luz del día las inmundicias de los grandes trusts, comerciantes del patriotismo y que carecen de él en absoluto. Sabemos que en la batalla de Jutlandia, los artilleros de los buques ingleses afinaban la puntería gracias a los excelentes aparatos ópticos Zeiss-Jena, vendidos por intermedio de Holanda meses antes. Muchos soldados alemanes cayeron heridos en los campos de Flandes por proyectiles ingleses cuyas espoletas eran patente Krupp. Por el contrario, en los Dardanelos, los marinos ingleses fueron bombardeados por sus propios cañones, montados por la casa Vickers.

La segunda parte de la campaña, de carácter económico, podía aplicarse en este mismo campo de los armamentos, defendiendo, como ya lo ha hecho la Internacional Socialista, la absoluta estaficación de las industrias guerreras y la prohibición a los particulares de dedicarse a ellas. De este modo se evitaría, en gran parte esta funesta carrera de los armamentos, que en el fondo se justifica por los fabulosos beneficios que reporta. Es, pues, absolutamente precisa la labor preventiva en sus dos aspectos.

Nuestro segundo punto, la centralización en la Internacional Socialista del movimiento en favor de la paz, se justifica fácilmente. Ninguna organización cuenta con tanta capacidad para dirigirlo. Y si no, veamos lo ocurrido con el proyectado Congreso mundial contra la guerra, convocado por Henri Barbusse y Romain Rolland, donde antes de iniciarse se han introducido las maniobras políticas de baja clase, hasta el punto de obligar a la Internacional Socialista a abstenerse hasta dilucidar los puntos oscuros. Una objeción se nos hace: el Partido Socialista, la Socialdemocracia, toleró la guerra mundial. A evitar la repetición de este desgraciado suceso tiende nuestro proyecto. Es probable que, aun a despecho de la oposición socialista, se hubiera declarado la guerra, pues las masas no poseían la terrible experiencia actual. En todo caso, el pecado fué de falta de organización, y eso es lo que queremos ver subsanado. ¿Cómo estructurar el movimiento pacifista? Veamos:

A juicio nuestro, es necesario mantener a las masas internacionales en una perpetua alerta. Con los músculos tensos, dispuestos a dar el salto. Ello sólo puede lograrse por una propaganda constante e intensa que fije en los cerebros ideas directrices, pues a consecuencia de la rapidez cinematográfica de la vida moderna, el hombre es esencialmente olvidadizo. Se nos dirá que actualmente la Internacional, los Partidos, las Juventudes laboran en este sentido. Pero no consideramos esto suficiente. Estas organizaciones tienen múltiples fines que cumplir y no pueden dedicarse con exclusividad a uno solamente. Por ello me parece que en el seno de la Segunda Internacional debería crearse una Sección o Secretariado dedicado solamente a la campaña pacifista, encaminándola racionalmente en atención a la variedad de psicologías y los distintos modos de reaccionar a la propaganda según las influencias culturales, climatológicas, étnicas, etc. Al mismo tiempo, y dependientes de esta Sección internacional, deberían crearse organismos nacionales expresamente dedicados a esta labor pacifista en el doble sentido antes fijado: descubrimiento de las miserias físicas y morales de la guerra y adopción de medidas económicas que tiendan a destruir las organizaciones con interés guerrero. Sólo de esta forma consideramos que nuestra labor ha de rendir los resultados magníficos a que tenemos derecho. Y trabajemos con fe y con entusiasmo en pro de la paz, que bien lo merece el objetivo.

José LAIN

Leed y propagad RENOVACION

Del movimiento de agosto de 1917

INSTRUCCIONES PARA LA HUELGA. — En el momento en que se reciba la orden de huelga, dada por los Comités nacionales de la Unión General de Trabajadores y el Partido Socialista, los obreros procederán a la paralización de todos los trabajos, de tal modo que el paro resulte completo, tomando las medidas necesarias para que se incorporen al movimiento los tranviarios, ferroviarios, cocheros, panaderos, ramo de alumbrado, obreros municipales, dependientes de comercio, etcétera.

Si el Gobierno tratase de ejercer coacciones contra los obreros, empleando para ello la fuerza pública y aun la fuerza del ejército, los trabajadores no iniciarán actos de hostilidad, tratando de dar la sensación a la fuerza armada de que también está integrada por elementos trabajadores que sufren las consecuencias de la desastrosa conducta del régimen imperante. Al efecto, las masas harán oír los gritos de ¡Vivan los soldados! ¡Viva el pueblo!

Sólo en el caso de que la actitud de la fuerza armada fuese manifiestamente hostil al pueblo deberán adoptarse las medidas de legítima defensa que aconsejen las circunstancias. Teniendo en cuenta que deben evitarse actos inútiles de violencia, que no encajan en los propósitos ni se armonizan con la elevación ideal de las masas proletarias.

Con respecto a la duración de este movimiento, deberá tenerse en cuenta que no ha de cesar hasta que se hayan obtenido los resultados que se persiguen al realizarlo, y que quedaron señalados en el manifiesto publicado en el mes de marzo último por los representantes reunidos de la Unión General de Trabajadores y de la Confederación Nacional del Trabajo. Así, pues, la huelga no deberá decrecer en intensidad, ni mucho menos cesar, mientras no se reciban órdenes concretas de los Comités nacionales del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores.



FANTOCHES DE GUÑOL

COLONIAS VERANIEGAS

Los ejemplares más formidables de la estupidez burguesa se dan en las colonias veraniegas. Ni los té-bailes de las cinco de la tarde, ni las funciones de aficionados a beneficio de cualquier ropero de caridad patrocinado por una santa alcanzan la magnitud incommensurable de tontería de estas que bajo el nombre de colonias de veraneantes se aposentan en un pueblo como plaga moderna de Egipto, con sus quitasoles y sombrillas, sus alpargatas blancas y sus pijamas.

Lamentable invasión en los pinares y en los campos saturados de sol de papás burgueses, con vientre orondo, gafas y zapatillas planas; de mamás burguesas que hacen aguja de ganchó en grupos de tres o cuatro, para poderse dedicar mejor a la elegante y delicada tarea de despellejar al prójimo; de burguesitas imponentemente estúpidas que cantan tangos argentinos cogidas del brazo; de niños aperados que hacen el ganso por brezos y tomillares, con absurdas indumentarias, y dicen goserías a las campesinas en medio de un coro de carcajadas de canibal. La pobre Naturaleza, que tan vejada se halla con este estado de cosas, debía decidirse a una venganza y evitarse de una vez el sufrimiento de ver sus prados verdes llenos de papeles grasientos de tortilla, latas de conserva y colillas de cigarrillos emboguillosos. Asimismo las Compañías de ferrocarriles debían de cobrar un suplemento a la colonia veraniega por sus continuas invasiones a los andenes de apeaderos y estaciones, en espera del tren de las cinco y del tren de las siete, pasándole la siguiente factura: «Por irrumpir constantemente en la marquesina dando gritos desajados; por desgastar el asfalto del suelo, paseando como se pasea al anochecer por la calle de Alcalá; por decir adiós a los viajeros agitando pañuelos y manos, cosa que maldita la gracia que tiene, por ser el viajero un señor perfectamente desconocido... tantas pesetas...»

Las colonias veraniegas desvirtúan el sentido de la raza, haciendo que las muchachas campesinas paseen también cogidas del brazo, cantando tangos argentinos de un modo aún más absurdo que las señoritas burguesas, porque el tango argentino no se adapta a su ambiente. Los más plácidos rínicos de la Naturaleza se ven constantemente ofendidos por el objetivo de los «kodaks», que no se limita a estampar en blanco y negro una pradera verde, o unos olorosos tomillares, o un pinar de armónico colorido, sino que añaden al pinar, al tomillar y a la pradera inexpresivos y amelonados rostros de muchachos y muchachas en conjunto que sonríen a no se sabe qué, destruyendo la armonía del paisaje. Hacen algunas veces excursiones a manantiales, con vasos de aluminio y bocadillos de jamón, pisoteando los hormigueros y los prados de margaritas y saltando a la comba, bajo cualquier chofo, señores gruesos y niñas impúberes, y dando gritos y arrojando piedras al agua y a inocentes pajarillos.

Organizan verbenas y festivales benéficos. Los burgueses padres aparecen en ellas de noche, con gabán, para burlar el reino, y hacen política ante vasos de cerveza. Siempre hay un estúpido joven que dice las gracias y los chascarrillos para divertirse a la compañía, y una señorita que canta romanzas a la luz lunar, y una anciana que habla con voz fatigosa de imaginarias enfermedades que padece.

Fabrican en los alrededores del pueblo casas de ladrillo colorado y blanco, algunas de ellas con todo el gusto detestable que el burgués suele tener para las obras de arte. Las hijas del alcalde cacique o de los grandes terratenientes, a quienes han comprado ropa en Madrid, pasean con las burguesitas, esperando fusionarse con ellas, porque es el verdadero signo de la elegancia.

Decididamente, los campesinos tienen poca imaginación cuando no se les ocurre un medio de librarse de ellos. En lo subconsciente, «Diogenes» ha pensado en un gigantesco papel cazamoscas para pegar a todos; en un envenenamiento de las aguas, en una persecución con mastines de pastores a los coros nocturnos que a las doce de la noche, cuando el labriego duerme su cansancio, pasan cantando horribles y cursis canciones, de un sentimentalismo de guardarropa, por la plaza del pueblo, delito agravado por la nocturnidad y la premeditación.

Cuando un burgués deja la ciudad para marchar al campo se vive dentro de él toda su inconsistencia espiritual, y viste de veraneante, con camisa de sport, pantalón de dril y alpargatas, su desgraciada imaginación de rastacero, resultando por todo esto un ejemplar formidable de estupidez, porque no puede nunca comprender la belleza del campo, ni el fluir suave de los arroyos, ni el tostar cálido del sol, ni el fino silencio de las arboledas, ni la maravillosa quietud de la atmósfera cuando, al atardecer, nace la primera estrella. Toda su espiritualidad la reduce a pasear por el andén de la estación, donde no hay más que pequeños, relojes, asfalto y carbonilla.

A los amigos y camaradas de Navalperal de Pinares, en Avila, donde asentó sus lares una de estas estúpidas colonias, dedica, como último consuelo, este "Fantoche".

DIÓGENES

No queremos submarinos, no queremos un ejército fuerte; lo que queremos es la reforma agraria, el control obrero...

la paz. Desgraciadamente, por vicio de instrucción o por sentido atávico, hay aún personas que creen que entre el cieno y el fango de las trincheras se puede ir a buscar la gloria. Aún en muchos el falso sentimiento del patriotismo subsiste. A ellos, hermanos nuestros también, tenemos que dirigir nuestros esfuerzos. Atraerlos hacia nosotros desechando de su alma las ideas arcaicas y sustituyéndolas por las nuestras, amplias y generosas. El internacionalismo debe resplandecer en todos los espíritus. La guerra no tiene más solución que la de no haber

soldados, que los trabajadores no se presten a ser juguetes de los traficantes de armas. Tenemos que multiplicar nuestros esfuerzos. La guerra y sus horrores están concretamente definidos en el extraordinario de El Socialista. Este número debiera llegar a todos los hogares. Nosotros, que comprendemos el esfuerzo realizado para su confección y el noble impulso que lo ha movido, no queremos que este trabajo resulte estéril, y por eso, compañeros, nuestro deber es propagarlo.

JUAN DEL BARRIO

NO OLVIDEMOS LA HISTORIA Y AHORA, APRENDED

Terminaba el artículo anterior diciendo que todavía me quedaba que decir lo más interesante, cosa que comprobará el que me leyere.

¿Qué duró la grandeza española al realizarse la unidad nacional, al contraer matrimonio Isabel y Fernando? ¿Qué aconteció en nuestro país desde el siglo XV al XX?

La grandeza española sólo duró unos breves años. Bien pronto el poderío de Isabel y de Fernando—mejor expresado: de España—se trocó en miseria.

Ya en Carlos I empieza el descenso. Felipe II, hombre ascético, nos clava en el corazón su daga taciturna, sombría y envenenada. Los restantes Felipes despueblan al país. En tiempos de Felipe V queda España reducida a siete millones. Al efectuarse la unidad nacional tenía cuarenta. El despenadero es vertiginoso, pues no acaba sólo en lo señalado. Continuamos en la pendiente hasta el final del siglo XIX, ya que en el año 1898 perdimos las últimas colonias.

¿Qué ha ocurrido, pasado y hecho el pueblo para que tan enormes acontecimientos fueran posibles? ¿Se meció en los glóbulos de nuestra sangre algo extraño, bien en estado morboso o descompuesto?

No. La sangre permaneció inalterable. La causa fué otra. Son muy escasas las personas que han llegado a desentrañarla. Es bien sencilla y evidente.

España era grande porque era tan vital como queremos los republicanos sin dobleces que sea la segunda República; es decir, porque vivió bajo un régimen de libertad y soberanía.

Esta se conservó durante los años de Isabel y de Fernando, aunque ya el Renacimiento, al desenterrar con los ídolos el principio cesarista—ya hemos tropezado, autonomista amigo, con la hidra—, hicieron suponer a Fernando que era mucho más que el primer ciudadano de un pueblo libre.

Pero a tales reyes se les podía perdonar algunas que otras faltas, pues eran reyes españoles, castizos, de nuestra propia cepa racial y espiritual. La desgracia determinó que sólo dejaran una hembra. Y en el vientre de esa hembra, un príncipe alemán. Felipe el Hermoso, esposo de esa hembra, engendró el monstruo de infinitas cabezas del despotismo, que destruyó a la ingenua, hermosa y ciudadana España antes de tres generaciones.

Carlos I no es ya español—es un Austria—. No se cree un servidor del pueblo representado en las Cortes, ni un mandatario de la voluntad nacional, y mucho menos un servidor del Estado. El se proclama un emperador. Manda, impera, ordena, fuerza, sojuzga, somete. Tiene un espíritu no ibero y, por lo tanto, no siente la libertad, la ciudadanía y la civilidad. Su concepto del trono es un concepto rayano en lo divino. Se divierte y refocila guerreando, y para ello gasta a la juventud—ciudadanos; recordemos Cuba, Filipinas, Marruecos!—española en estériles proezas, y malbarata la hacienda nacional en pendencias con sus primos, deudos y rivales. Las Cortes le salen al paso, y disuelve como la sal en el agua, a las Cortes. Lo más elevado del pueblo castellano le sale también al encuentro, y lo decapita en Villalar. Su poder no es un poder que viene de abajo arriba, sino que lo cree venido de la divinidad, sin ligadura alguna con lo humano, pues su lema es la estulticia, la ferocidad, lo absurdo.

Felipe II—1555 a 1598—, menos ibero aún, menos liberal, añagata a Aragón con el asesinato de Lanuza, e intenta destruir a Portugal no fediéndolo, sino venciéndolo y conquistándolo; no asociándolo a la obra de un país libre, sino uniéndolo, quieras que no, a su trono de tirano.

Los otros Felipes remachan el clavo de la desgracia de España; es decir: rematan la criminal obra emprendida por los de su genealogía. Viciosos, frívolos, incíviles, son ya la abyección, la corrupción más desenfrenada y despreciable. Con ellos se extinguió en España todo sentimiento de ciudadanía. No impera otra cosa que el favoritismo. El favorito se llama al primer ministro. Portugal y

Cataluña se sublevarán. ¡Dignísima y viril sublevación! Porque no es contra Castilla—¡aprended, enteros, analfabetos monarquizantes que estáis enfrente del Estatuto catalán!—, a la que se unió Cataluña con agrado paterno, y a la que se hubiera unido Portugal, sino que es contra el déspota, contra el verdugo—España siempre ha padecido muchos verdugos—de aquellas autonomías salvadoras y de aquellas libertades sacrosantas.

Portugal logró escapar. Aún conserva sus colonias. Nosotros, aislados, explotados y abandonados, lo perdimos todo. Cataluña no logra redimirse del dominador alemán y de su ruin mesnada.

Llega con la segunda dinastía—1700 a 1931; esto es: la dinastía borbónica—un reflejo del rey sol; es decir, del rey dueño, del rey todo, del rey absoluto, del rey tirano, y aún las libertades son más restringidas, tanto que quedan reducidas a nada. Y así entramos en la sima del siglo XIX. Un momento parece reanimar al país la guerra de la Independencia. Pero cuando hacemos una Constitución, tras largas luchas, como los españoles estamos hechos a las cadenas, formamos una Constitución retardataria y fundimos un a monarquía absoluta—tiempos retrogradados de Fernando VII—, vestida de liberal, pero reaccionaria en el fondo, porque le cede al monarca las prerrogativas de nombrar ministros a su antojo, ser irresponsable, inviolable y sagrado.

Desde Carlos I, es decir, desde 1516 hasta 1931, España ha vivido bajo el despotismo; rotas sus autonomías municipales y regionales, que fueron toda su grandeza. ¡Obra espantosa! ¡A menos libertad y menos ciudadanía, menos trabajo y menos cultura! Un pueblo de caciques, de favoritos, de monjas con llagas, de ficciones de libertad, de corrupción exacerbada y repugnante, de altagamiento, de oligarquías, pues un pueblo así dominado no es un pueblo culto, libre y próspero.

Los audaces huyeron del favoritismo. Los intelectuales tuvieron que emigrar a América porque eran perseguidos. Otros lo hicieron a Italia. Sólo quedaron en el país frailes astutos y míseros palantrines. El fisco devora al campo. Agoniza la industria. La navegación decae. Se talan los bosques. El ejército pasa a ser una guardia pretoriana, en vez de ser el pueblo armado para su defensa. El hambre se hace tradicional. Sólo medran los hipócritas, los adaptables, los pícaros y los podridos. Se vive entre delaciones, follones y crímenes; sin libertad para nada. El cuchicheo de unos encapuchados estremece de horror a los villanos perseguidos. Humean las hogueras de la Inquisición.

Y para terminar con todo esto hemos hecho la revolución y proclamado la República, y si esta República fuera, como pretenden las derechas—desde Royo Villanova a Alejandro Lerroux—, caciquil, oligárquica y demagógica, seguiríamos como antes o peor: sin libertad. Porque la libertad no es un nombre, un rótulo, un lema de juego florales.

La libertad consiste en que el hombre no se sienta solamente libre, sino que verdaderamente lo sea. En que el Concejo sea libre dentro de la región. En que la región sea libre dentro del Estado. En que el Estado sea libre dentro de la Humanidad.

No hay otra fórmula más verdadera. Mientras se observó, antes del siglo XV, fuimos grandes y felices, porque los españoles eran ciudadanos y no súbditos, hombres y no cosas.

Y las derechas, de uno y otro color—las hay de más colores que tiene el arco iris—, última degeneración de una política durante cinco siglos fracasada, reminiscencia asquerosa, degradación de lo vil, quieren otra vez seguir aquella negra historia de España. Se oponen a su resurgir y que se incorpore como un convaleciente para recibir la luz de la iniciación dichosa que le ofrece esta República de trabajadores.

El nunc erudimine; es decir, y ahora, aprended; esto es: escarmentemos no en cabeza ajena... sino en la propia.

F. MUYA GUIJARRO

En el pensar de los días

NUEVOS SENDEROS

Después de la abortada sublevación reaccionaria, toda España se ha colocado, sin excepción, al lado del Gobierno. El escritor, que durante esos días ha podido compulsar el sentimiento de algunos pueblos que, participando de emoción y entusiasmo, han concurrido a manifestaciones de desagravio gubernamental; que ha intervenido como orador en actos organizados con el mismo objeto, puede decir una cosa, exponer una idea que tiene y que ha visto a través de todas estas manifestaciones de fervor republicano y gubernamental. La fe que las masas populares, alejadas de los núcleos capitales, sienten hacia la República, y la necesidad de que el Gobierno emplee un aceleramiento revolucionario, porque la República aún no ha llegado a los pueblos. Es decir, que la fracasada intentona sea estímulo y acicate para labor más revolucionaria, ya que el desengaño sufrido enseña que no se pueden tener contemplaciones con la reacción. Con esta idea en todas las mentes, España entera se ha sumado al movimiento espontáneo de adhesión al Gobierno. Y no porque fuese mentira que en muchos pueblos se viera con profundo disgusto la labor gubernamental, como han creído los sublevados, con su punto de razón, sino porque, a pesar de este disgusto, los pueblos han visto, con la intuición que la masa tiene para los grandes movimientos de la vida política, que un sucedido como el pasado consolidaba, más que la República, la revolución. Si las masas populares, desde la calle, hacían ver al Gobierno que aún contaba con su adhesión, y que esta adhesión, indirectamente, tenía el significado de protesta contra las blandenguerías llevadas a cabo en ciertos elementos reaccionarios, que ahora así se han burlado de ellas.

Los actos de protesta, las manifestaciones de desagravio que en toda España se han hecho, no querían significar más que una cosa. ¡Hay que hacer la Revolución!, decía esta cosa. Era el significado. La necesidad de comenzar el Gobierno el desarrollo de una teoría de violencia jurídica, ya que no material, que satisfaga ansias de un pueblo que, esparcido fuera de los núcleos vitales de la capital, espera, con esperanza en la espera, los hábitos revolucionarios que todavía no ha visto llegar.

Parece que se va por buen camino. Medidas rápidas y energías, en cuanto a trámites de justicia se refiere. Clausura de lugares donde se fraguaban tranquilamente las emboscadas de la reacción. Suspensión de la prensa reaccionaria, obstáculo—la prensa siempre lo es, y mucho—de una labor de revolución. Detenciones. Incautación de armas y elementos, y disolución de cueros armados que pudiesen perturbar. Y, por último, expropiación de propiedad territorial—fijémonos en esto—a elementos monarquizantes, con el pretexto, y a la vez fin, de responder a las responsabilidades civiles habidas en el movimiento.

Ya la prensa burguesa, aun la francamente republicana, ha comenzado a gemir. ¡Cuidado con ella! Cánticos de sirena capitalista, que ve en toda revolución el principio del fin. Primero, en el deseo de clemencia para los encartados en el movimiento reaccionario. Nosotros pedimos la aplicación estricta de la ley. Y nótese que en la estricta aplicación se da una paradoja. Está sin reformar—no ha habido tiempo para ello—el Código de Justicia militar. Van a ser condenados los elementos militares participantes con las mismas armas que ellos crearon—y que fueron aplicadas—para los movimientos sediciosos de carácter republicano. Mas, paradoja y todo, es realidad que no tiene más remedio que cumplirse.

En cuanto a la expropiación de fincas rústicas, como manera de responder de responsabilidad civil, ya un periódico nocturno de los de acendrado republicanismo, que en titulares y fondillos lo entromete a todas horas por los ojos, hablaba oscura y torcidamente de no se sabía qué obras demagógicas y relumbronas para la galería del Gobierno, que sólo acostumbraban a traer como resultado el derrumbamiento de la economía nacional. Es decir, que en el momento en que la verdadera labor revolucionaria podía—pese a vacilaciones extemporáneas habidas—continuar sus frutos, la reacción, con nombre republicano, pretende seguir su historia de charcas con aguas muertas.

El escritor vuelve a reincidir en el principio de su tema. Los pueblos en masa han ratificado su confianza al Gobierno, porque en el fracaso del movimiento han intuido una fructífera cosecha revolucionaria. Defraudar su buena fe sería algo tan cruel, tan absurdo, que nadie sabe el resultado que pudiese producir. Hay que hacer la revolución de modo perfecto, porque España está necesitándolo, y ya que todas las revoluciones, por su misma dialéctica, necesitan de una teoría de violencia, que sea la teoría nuestra, de violencia jurídica, más fructífera, si sabe llevarse a cabo, que la violencia material. Pero ¡ay! si no quedara más remedio que esta vez llamarse a engaño...

S. SERRANO PONCELA

El manifiesto de la huelga de agosto

(Continuación de la página 4)

Cerca de medio siglo de corrupción ha llevado a las instituciones españolas a un grado tal de podredumbre que los mismos institutos armados claman contra la injusticia, contra la arbitrariedad, y se consideran vejados y engañados por los mismos Poderes públicos que tantos mentidos halagos les han prodigado cuando se trataba solamente de utilizarlos como instrumento de opresión y tiranía. Y si esto han hecho los Poderes públicos con las clases sociales en cuya adhesión han buscado siempre las firmes garantías de su existencia y dominio, ¿qué no habrán hecho con el pueblo inerte e indefenso, bajo un régimen constitucional ficticio, bajo un régimen económico de miseria y despilfarro y en un estado cultural mantenido por oligarcas en el más bajo nivel, y sobre el cual la masa ciudadana sólo puede ir paulatinamente elevándose merced a ímprobos y perseverantes esfuerzos?

El proletariado español se halla decidido a no asistir ni un momento más pasivamente a este intolerable estado de cosas.

La huelga ferroviaria, provocada últimamente por este Gobierno de consejeros de poderosas Compañías, es una prueba más de lo intolerables que son las actuales condiciones de nuestra vida.

Se provoca un conflicto ferroviario por el despido de algunos trabajadores, y el Gobierno ofrece su mediación, y el director de la Compañía se aviene a parlamentar con el personal; pero a condición de que no se trate de la cuestión que ha sido precisamente objeto del conflicto. Estos recursos vergonzosos, disfrazados en el lenguaje de la decadencia nacional con el nombre de habilidades, los rechaza de una vez para siempre el proletariado español, en nombre de la moralidad y del decoro nacionales.

Los ferroviarios españoles no están solos en la lucha. Los acompaña todo el proletariado organizado, en huelga desde el día 13. Y esta magna movilización del proletariado no cesará hasta no haber obtenido las garantías suficientes de iniciación del cambio de régimen, necesario para la salvación de la dignidad, del decoro y de la vida nacionales.

Pedimos la constitución de un Gobierno provisional que asuma los Poderes ejecutivo y moderador, y prepare, previas las modificaciones imprescindibles en una legislación viciada, la celebración de elecciones sinceras de unas Cortes constituyentes que aborden, en plena libertad, los problemas fundamentales de la Constitución política del país. Mientras no se haya conseguido este objeto, la organización obrera española se halla absolutamente decidida a mantenerse en su actitud de huelga.

Ciudadanos: No somos instrumento de desorden, como en su impudicia nos llaman con frecuencia los gobernantes que padecemos. Aceptamos una misión de sacrificio por el bien de todos, por la salvación del pueblo español, y solicitamos vuestro concurso. ¡Viva España!

Madrid, 12 de agosto de 1917.—Por el Comité nacional de la Unión General de Trabajadores: FRANCISCO LARGO CABALLERO, vicepresidente; DANIEL ANGUIANO, vicesecretario.—Por el Comité nacional del Partido Socialista: JULIAN BESTEIRO, vicepresidente; ANDRÉS SABORIT, vicesecretario.

El extraordinario de "El Socialista"

leyendo la historia de un país cualquiera veremos en sus páginas como ejemplos para las generaciones futuras las guerras, objeto de engrandecer el territorio patrio o vengar agravios inferidos al país. Leyendo la de varios países, los hechos se repiten análogos. Todo es gloria y ninguno de ellos aparece como culpable de la contienda.

Estudiando la historia de la Humanidad estas guerras no aparecen más que como manchas negras, más o menos profundas, que se suceden a través del tiempo. Sí, manchas; ¡sólo manchas! Y paradójico parece que éstas aparecen de mayor a mayor, siguiendo el curso del progreso. A primera vista parece que la evolución humana sólo se ha efectuado en la inteligencia y que el hombre actual tiene la sensibilidad del hombre prehistórico. No es eso: el sentimiento humano ha progresado también; pero más lentamente.

Los ambiciosos han sabido desviarle de sus cauces naturales, para transformar los hombres en autómatas, ejecutores inconscientes de sus mandatos, cuyos fines eran, sencillamente la especulación, sin tener en cuenta los dolores de los demás. ¿Qué es el patriotismo? Pasión ideada por esos sin escrúpulos para lanzar a los pueblos unos contra otros, mientras ellos acumulan en sus arcas cantidades fabulosas, producto de sus crímenes.

Todas las guerras, con una u otra variante, tienen el mismo fin criminal. Ninguna de ellas revistió tan gigantescas proporciones como la del

catorce. Legiones enteras de seres humanos fueron enviadas al matadero. Todas las energías de los pueblos contendientes y la ciencia misma fueron empleadas en la destrucción. Este crimen sobrepasó en barbarie a todos los demás.

La tierra guarda aún, en su seno dolorido, recuerdos trágicos de estas luchas.

Y apenas han transcurrido veinte años y ya se habla de una nueva conflagración. Debido al desarrollo de las ciencias físico-químicas, una nueva guerra en los momentos actuales alcanzaría proporciones que sobrepasarían la imaginación, y quizá sería el hundimiento de nuestra brillante civilización. Por eso todo lo que se haga en contra de ella será poco.

Grandes escritores han hecho brillantes llamamientos en pro del pacifismo: Remarque, Barbusse, etc.

El Socialista, nuestro querido órgano, ha lanzado un número extraordinario dedicado exclusivamente contra la guerra. Cooperan en él finas plumas de muchos de nuestros compañeros, tanto españoles como extranjeros.

Han acertado sabiamente a definir la guerra, sus causas y consecuencias y toda su triste realidad. El esfuerzo realizado para confeccionar el extraordinario de El Socialista ha dado por resultado un trabajo magistral.

Nosotros, jóvenes socialistas, también queremos luchar en pro de la paz y de la unión de los pueblos. Conocemos muy bien nuestro deber, en caso de estallar una nueva contienda; haríamos la guerra a los enemigos de

Conmemorando la huelga de agosto de 1917

DEL MOVIMIENTO

Hoy precisamente se cumple el aniversario de la huelga general revolucionaria de agosto de 1917. Todos los socialistas, pero especialmente los jóvenes, han de sentirse emocionados en esta efeméride. Conmemoramos hoy, fervorosamente, la primera gesta revolucionaria del proletariado español. Sabemos a la perfección cuánto sacrificio costó aquello. Lo sabe todo el mundo. Todavía no se le ha borrado de la imaginación a ningún proletario el relato, de colores trágicos, hecho en las Cortes por los diputados socialistas, exaltados desde el presidio hasta el escaño rojo. Aquellas persecuciones de Burguete que conmovieron la cuenca minera asturiana; aquel «tren de la muerte» desde el que se asesinaba a mansalva; aquellos simulacros de fusilamientos; aquellas enormes palizas que hicieron perecer a varios camaradas. Y después, vencido el movimiento, aplastado por el aparato coercitivo del Estado monárquico, traicionado por quienes ofrecieron su colaboración, la secuela de procesos, de destierros, de encarcelamientos, de persecución sañuda a la organización. ¿Quién va a olvidar aquello?

El movimiento de agosto de 1917 tuvo — bien lo decía Besteiro — un aspecto romántico. Hubo en su proyección cierto candor. Ni ahora ni nunca lo han negado los socialistas. Pero no renegamos de aquel candor y aquel romanticismo. Estamos orgullosos de ellos, porque eran una prueba de nuestra espiritualidad revolucionaria. Fuimos al movimiento porque creíamos que en él estaba la salvación del país y porque confiábamos en la aportación de elementos disgustados con el monarca, que a la hora de la verdad se entregaron a éste con ardor digno de mejor causa.

El recuerdo de la huelga de agosto ha ido moldeando la actuación de nuestro Partido después. Ha impuesto en su trayectoria un sentido revolucionario. Fué en lo material una derrota; pero un triunfo moral de incalculables proporciones. La bandera socialista, que se abatió entonces ante la fuerza ciega del Estado, ha vuelto a ser izada, y bajo sus pliegues se cobijan cada día mayor número de proletarios. De estos proletarios españoles que se afanan en la lucha por una revolución socialista.

Las Juventudes, emocionadas, rinden hoy armas ante aquellos hombres heroicos que se sacrificaron en 1917 por el proletariado, y afirman su decisión enérgica de continuar la tradición revolucionaria que se inició entonces.

MIENTRAS el Partido Socialista esté dirigido por hombres de clara estirpe obrerista, no habrá que temer desviaciones del marxismo. Lo temible es que cayera en manos de los demagogos que fuera de nuestro campo truenan contra el Partido porque no han ocupado cargos en la actual situación.



Julián Besteiro, que corrió la suerte de Saborit y Largo Caballero.

Un documento histórico

El manifiesto de la huelga de agosto

A LOS OBREROS Y A LA OPINION PUBLICA. — Ha llegado el momento de poner en práctica, sin vacilación alguna, los propósitos anunciados por los representantes de la Unión General de Trabajadores y la Confederación Nacional del Trabajo en el manifiesto suscrito por estos organismos en el mes de marzo último.

Durante el tiempo transcurrido desde esa fecha hasta el momento actual, la afirmación hecha por el proletariado al demandar como remedio a los males que padece España un cambio fundamental de régimen político ha sido corroborada por la actitud que sucesivamente han ido adoptando importantes organismos nacionales, desde la enérgica afirmación de la existencia de las Juntas de defensa del Arma de Infantería, frente a los intentos de disolución de esos organismos por los Poderes públicos, hasta la Asamblea de parlamentarios celebrada en Barcelona el día 19 de julio, y la adhesión a las conclusiones de esa Asamblea de numerosos Ayuntamientos, que dan público testimonio de las ansias de renovación que existen en todo el país. Durante los días fabulosos en los cuales se han producido todos estos acontecimientos, el proletariado español ha dado pruebas de serenidad y reflexión, que tal vez hayan sido interpretadas por las organizaciones que detentan el Poder como manifestaciones de falta de energía y de incompreensión de la gravedad de las circunstancias actuales.

Si tal idea se han formado los servidores de la monarquía española se han engañado totalmente. El pueblo, el proletariado español, ha asistido en silencio, durante estos últimos meses, a un espectáculo vergonzoso, mezcla de incompetencia y repulsiva jactancia, de desprecio de la vida y de los derechos del pueblo e impúdica utilización de las más degradantes mentiras como supremo recurso de Gobierno. Si el proletariado, si el pueblo español todo se resignase a seguir viviendo en esta situación oprobiosa, habría perdido ante su propia conciencia y ante la conciencia extraña los nobles rasgos que hacen a las colectividades humanas dignas del respeto y la consideración universales, aun en medio de las más hondas crisis de la vida de los pueblos.

(Sigue en la página 3.)

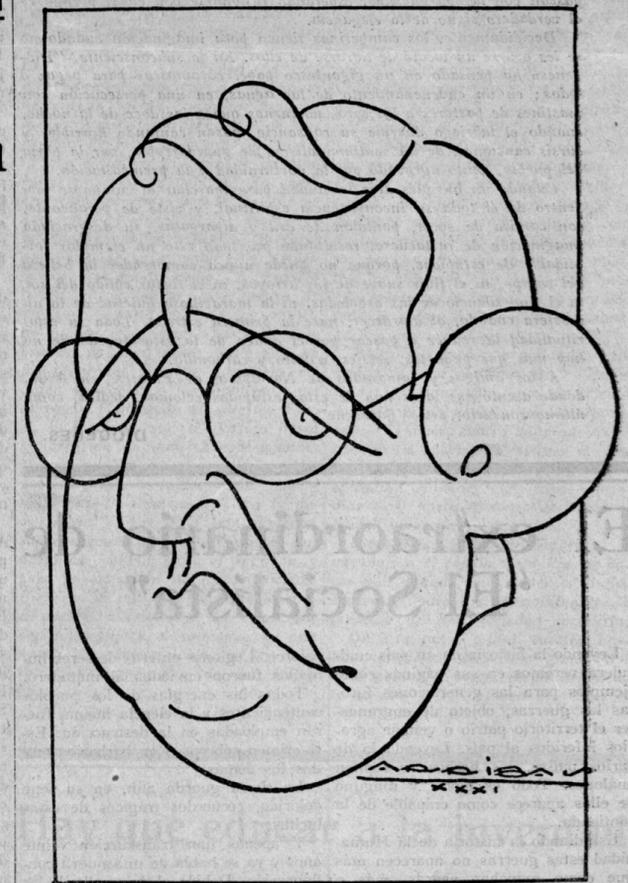
ALGUN DIA...

El movimiento de agosto fracasó circunstancialmente, aplastado por las fuerzas de la reacción. Estaba escrito que en aquella primera salida revolucionaria el proletariado no habría de triunfar plenamente. Pero no perdió el honor, ni se gastó el prestigio, sino que se aumentaron. Y con ellos, la fuerza, las adhesiones, los prosélitos. Entonces comenzaron a cobrar fuerza el Partido y la Unión. A tener cuerpo en la política española. Y, a pesar de la escisión, siguieron creciendo el prestigio y las adhesiones.

Pero el engranaje político se paralizó en el año 1923. La dictadura vino a obstaculizar el normal desarrollo de nuestras organizaciones. A destruir el avance del Socialismo. Y, a pesar de la dictadura, las organizaciones avanzaron, se engrandecieron. Era imposible detener el avance de la clase obrera. Así es que al caer Primo de Rivera, y quedar al descubierto la figura del verdadero dictador, cuando se forjaba el instrumento revolucionario con que proclamar la República, sólo había aptas nuestras organizaciones. Y se organizó el movimiento de diciembre. Y a él fuimos, repitiendo el gesto de agosto de 1917, con las mismas finalidades de entonces, las mismas ansias. No se triunfó el 15 de diciembre. Pero a los cuatro meses se proclamaba en España la República. Caía un régimen político de oprobio. Se establecía un régimen de democracia.

Mas aún no triunfó el proletariado. Aún no ha conseguido sus objetivos. Hemos comenzado a recorrer el camino que conduce al Socialismo. Estamos en los primeros pasos. El resto de ellos puede sernos difícil si no sabemos influir en esta República para ganársela a la burguesía jurídicamente. Si no sabemos hacer esto, y la República se encamina por derroteros francamente burgueses, algún día se nos planteará el problema de volver a repetir los gestos de 1917 y 1930 para arrebatar definitivamente el Poder a la burguesía y levantar nuestro airón rojo por toda España, como signo del triunfo proletario. Las generaciones jóvenes nos preparamos para ese día.

LOS jóvenes socialistas decimos que en el régimen burgués el servicio militar obligatorio es un vasallaje indignante que presta la clase obrera al capitalismo y que es preciso abolir.



Andrés Saborit, otro de los directores, condenado a idéntica pena.



Francisco Largo Caballero, uno de los directores de la huelga de 1917, condenado, como se sabe, a cadena perpetua.

HACE años, cuando quienes redactamos ahora nuestro semanario no habíamos nacido o éramos unos niños, y confeccionaban RENOVACION los que hoy son personalidades en el Partido, en estas columnas se hizo una violenta campaña contra la ley de Jurisdicciones. Estamos plenamente identificados con aquellos artículos en que se amenazaba con la revolución a un Poder empeñado en basar su poderío sobre la organización militar. Porque la intromisión militarista en la justicia es algo que no tolera ya ningún pueblo culto.

Al proclamarse la República se derogó tan nefasta ley. Pero, sin hacer caso de ello, los Tribunales militares siguen entendiendo en procesos contra elementos civiles, y eso es intolerable. Lo han dicho muy bien los camaradas de «El Socialista» con estas palabras:

«Somos profundamente civiles. ¿Cómo, pues, señor capitán juez, se decide usted a citarnos ante un Juzgado militar? ¿Será posible que no haya leído el decreto de Alcalá-Zamora ni la Constitución, que le imponen la obligación de cesar en su cometido? ¿Acaso ha supuesto que, por ser civiles, no tenemos por qué sentirnos celosos de nuestro fuero? Si hemos de ser juzgados, lo dice el artículo 28 de la Constitución, habremos de serlo "por juez competente y conforme a los trámites legales". Y por si nuestra autoridad para usar de estos textos se le antojare precaria, señor capitán juez, ahí está el señor fiscal de la República, con su alto dominio de la materia, dándonos la razón y negándonosela al Juzgado militar. ¿Es que se necesita de algún otro requisito para que un ciudadano se niegue a ser enjuiciado por un Juzgado militar? Si así fuese, ese otro requisito no podría ser más que una nueva revolución. Y no es presumible que el Juzgado militar se empeñe en que la hagamos. Así, pues, señor capitán juez, nosotros nos negamos a comparecer a su presencia. La circunstancia de no ser reclutas nos autoriza a esa desobediencia.»

De acuerdo en todo. Si no se enterra la odiosa ley de Jurisdicciones, que empuñe al Estado, al Poder civil, y endiosaba al ejército, habrá que pensar en una revolución como necesidad perentoria.